

Vagando, no del todo evaporados,  
circulan, aun dispersos, por la esfera  
los átomos de mundos destrozados...  
mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,  
no dejando más huellas que sus nombres,  
fueron sólo el Olimpo y el imperio  
un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando  
del mundo antiguo el funeral destino,  
la mano en el vacío adelantando,  
—¡Vamos!—dice, y prosiguen su camino.

#### ESCENA XLV

#### DESCENDIÓ Á LOS INFIERNOS

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—LOS SANTOS PADRES.—HONORIO.—LOS NIÑOS DEL LIMBO.—LOS CONDENADOS.

ARGUMENTO.—Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el seno de Abraham, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre á implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión: pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral de Cristo por no poder redimir á los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saliendo del infierno se abraza á la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo á la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Cuando detrás del Redentor seguían,  
formando líneas de ondulantes eses,  
las sombras de los justos parecían  
una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,  
gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,  
y hablando va como consigo mismo,  
con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía,  
entre un vapor como la sombra leve,  
el limbo de los niños, que tenía  
el color blanquecino de la nieve,

miran cercar al Redentor divino  
á los niños, cual pálidas y huecas,  
llevadas por la brisa en torbellino,  
amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo, á los niños contemplando  
con alma tierna, de dolor partida;  
y los niños le ven, como mirando  
la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido  
en juntar un tormento á otro tormento,  
de las hondas heridas que ha sufrido,  
ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,  
de los niños, que imploran de rodillas,  
que el sudor que corría por su frente  
inundó sus escualidas mejillas.

—¡Bendíganos!—dice uno—el que bendice.  
—¡Redímenos!—grita otro; y el Dios santo,  
—Ve al Cielo y ruega al Padre—á un ángel dice—  
que los pueda salvar, ó me dé llanto.—

Lleva el mensaje á la mansión divina  
de Aquel que es siempre del amor espejo,  
el ángel, que tras sí, cuando camina,  
va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,  
que ayer su sangre por el hombre vierte,  
comienza de su espíritu el calvario,  
dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;  
alza sus brazos cárdenos y enjutos,  
y al Padre suplicando, mira al cielo,  
devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,  
volviendo triste el ángel mensajero,  
le dice de rodillas:—¡Adelante!  
La justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimir lo irredimible,  
ni olvide tu alma, á perdonar propicia,  
que es el Dios del perdón el Dios terrible,  
grande en bondad é inmenso en su justicia!

»Quiere sólo, señor, lo que ha querido  
tu eterno Padre y nuestro Dios augusto,  
porque siempre ha de ser, como ya ha sido,  
mientras Dios sea Dios, lo justo justo.—

Los ojos levantando á las estrellas  
con profundo dolor Cristo, obediente,  
cruzó las manos, saludó con ellas,  
y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban,  
á sus madres llamando sin consuelo,  
los niños de rodillas exclamaban:  
—¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo!—

—¡Señor, Señor!—el ángel le decía—  
¡no dejes que te abata la tristeza!—  
Pero el Cristo, al andar, no se atrevía  
á volver, por no verlos, la cabeza.

Después, como la boca de un gran horno,  
el infierno mayor ven entreabierto,  
y sienten, al pasar, un gran bochorno,  
cual un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquel antro tan horrible,  
la fuente de sus lágrimas se agota,  
y al ver tanto dolor irredimible,  
paladeaba el martirio gota á gota.

Y allí los condenados acudieron,  
y en torno de ellos con inmenso ruido,  
tantos fantasmas con dolor rugieron,  
que hasta de Job se estremeció el oído.

Cuando al Cristo la turba á ver alcanza,  
ciega, á pedir su redención se alienta,  
allí donde ni un rayo de esperanza  
ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre avariento  
imploraba del Cristo la ternura,  
casi casi gustaron un momento  
una calma en su inmensa desventura.

—¡Redímenos, Señor!—gritan en masa,  
en bronco acento, las malditas gentes,—  
ya que abre tu poder, por donde pasa,  
de amor y de bondad plácidas fuentes.—

Y los ángeles dicen:—¡Adelante!—  
mitigando piadosos sus quebrantos,  
mientras Cristo mostraba en su semblante  
la sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixión rendido,  
el Cristo respondió con labio inerte:  
—Yo no os traigo el perdón; el vuestro os pido.—  
Y pálido siguió como la muerte.

Para escapar de la legión maldita,  
mirando al Cristo, de valor escaso,  
Jesús el Mago ante el maestro grita:  
—¡Abrid de Dios á la justicia paso!—

Del día en que nacieron blasfemaban,  
y el seno maldecían de su madre;  
y rumiando su cólera, gritaban:  
—¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre!—

Y Jesucristo Dios, cuando esto oía,  
hacia un lado volvía la cabeza,  
pues más que ver sufrir, sufrir quería,  
prefiriendo el dolor á la tristeza.

Después el Cristo, de sufrir cansado,  
sustraído al desprecio y al insulto,  
fué andando, por los ángeles cercado,  
entre su inmensa irradiación oculto.

Su sed de sacrificios no saciada,  
Cristo, entretanto, con dolor se abisma  
en la paciencia, esa virtud amada,  
que saca la ventura de sí misma.

Marchando hacia la luz de las estrellas,  
las almas tras su Dios, con paso lento,  
andando fueron, sin dejar más huellas  
que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía,  
miró del cielo hacia el azul sombrío,  
vuelto á su Padre celestial, decía:  
—¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mío?—

Saliendo el Redentor tres veces santo  
de la negra mansión, al sol cerrada,  
por el ajeno mal sufría tanto,  
que ya no padecía casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo,  
dijo al pie de la cruz el que, afligido,  
sintió después, hasta en el mismo cielo,  
el peso de un dolor desconocido:

—No castigues, mi Dios, detén tu mano.  
La culpa lleva en sí su propio azote.  
Es de sí mismo el corazón humano  
la víctima, el altar y el sacerdote.

»Vuelve á mis hombros, celestial madero.  
¿Dónde hay carga mayor que la existencia?  
El peso de la cruz es bien ligero  
ante el peso moral de la conciencia.

»Ayer, por redimir almas perdidas,  
dejé la vida en ti crucificado;  
mas hoy, sin redimir, gastó mil vidas  
mi corazón, de angustia gangrenado.»—

Rogando al Padre así, baja la frente;  
y el que muerte en la cruz sufrió con calma,  
hoy á su pie cayendo; llora y siente,  
tras la pasión del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario,  
tanto número de ángeles veía,  
que con sus blancas alas, el calvario  
cubierto por la nieve parecía.

Y á un fulgor de la luna mortecino,  
después hacia el sepulcro caminaba,  
y un arcángel, mostrándole el camino,  
como se guía á un niño, le guiaba.

Y al fin, con el dolor de otra agonía,  
á su tumba volvió desfalleciente,  
el que ocupó, saliendo al tercer día,  
la diestra de Dios Padre eternamente.

## ESCENA XLVI

## MARÍA DE BETHANIA

LUGAR DE LA ESCENA: *La tumba de Lázaro*

PERSONAJES: MARÍA DE BETHANIA.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Muestra Jesús el Mago á Honorio los sitios por donde llevaron preso á Cristo. Luego le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida á María de Bethania. La despierta Jesús el Mago, y vuelve á hacer andar al tiempo que había hecho retroceder hasta la noche del primer Viernes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y ve la muerte de Cristo, después á los evangelistas, luego á los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Ve también los hechos de Jesús el Mago. Suena la trompeta del Juicio, á que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue á Jesús el Mago y á María de Bethania hacia el valle de Josafat.

Dice á Honorio Jesús, enternecido:  
—*Allí dejé la túnica escapando,  
y porque Dios piadoso lo ha querido,  
me sobreviví á mí, ya sé hasta cuando.*

»Premiando allí mi religioso celo,  
me dijo el Redentor:—*Presente ó ausente,  
sigueme por la tierra y por el cielo,  
invisible ó visible, eternamente.*—

»Encontrando, al volver, á mi adorada  
allá rendida al sueño, por mi mano  
la traje aquí, dormida y encantada,  
á la tumba de Lázaro, su hermano.

»Yo adoraba á María, cariñoso,  
y ella á mi fe correspondía tierna,  
con ese amor del corazón piadoso,  
que es en la vida una costumbre eterna.»—

Y apartando la roca de la entrada,  
Jesús y Honorio hallaron, aquel día,  
dormida al mismo tiempo y encantada,  
en la tumba de Lázaro, á María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,  
ni lleva un son el viento ni lo trae,  
mientras rezuma en él la eterna gota,  
que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de un ánfora de arcilla,  
sentada en el sepulcro de su hermano,  
con el codo apoyado en la rodilla,  
y la barba en la palma de la mano,

á María, soñando, recostada,  
con el rostro encontraron descubierto,  
tan fresca como el agua presentada  
por un ángel á Agar en el desierto.

Cubría, como espléndido tocado,  
una gasa rayada su cabeza,  
cuyo extremo, cayendo por un lado,  
aumentaba, si cabe, su belleza.

—¡Despiértatel ¡Despiértate, María!—  
Jesús la dijo; y á su voz amada,  
se despertó la joven, que dormía,  
por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,  
lo mismo que una hermana y un hermano,  
como si fuese al despertar de un sueño,  
se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, después, medio entreabierta,  
roja como la flor de la granada,  
viendo á Honorio en penumbra hacia la puerta,  
lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Mientras Jesús la mira, satisfecho,  
al fuego de sus púdicos amores,  
de ella, ondulante, el agitado pecho,  
mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante  
á una niebla que sombras proyectaba,  
fantástico hacia atrás y hacia adelante,  
cual un río de luz, se deslizaba;

á la voz de Jesús dulce é imperiosa,  
volvió á marchar el tiempo detenido,  
y jamás, al volar, la mariposa  
los céfiros cruzó con menos ruido.

—¡Andad!—siguió Jesús, y vió María,  
concentrándose el tiempo y la distancia,  
una faja de niebla que corría  
tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando después, sin dejar huella,  
de todo lo pasado la memoria,  
corriendo el tiempo por ante ellos y ella,  
como un lienzo sutil pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba;  
sonreía Jesús, mientras María,  
mirando aquella gasa que pasaba,  
cual si fuese sonámbula decía:

—El que da al cojo pies, al sordo oídos,  
al malo bendición, luz al que espera,  
que aboga por los seres afligidos,  
y á todos los culpables regenera,

»muere en la cruz, siendo del pobre hermano,  
del enfermo salud, del ciego día,  
tutor del niño, apoyo del anciano,  
guardián del loco, y del imbécil guía.»—

Viendo á Dios redimir, con pena tanta,  
á todo humano ser que débil peca,  
la voz se le anudaba en la garganta,  
y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra después las cosas y los hombres  
en un éxtasis plácido y terrible,  
y de ellos parecía que los nombres  
le dictaba un espíritu invisible:

—¡Mateos! ¡Marcos! ¡Lucas! ya ilumina  
á los pueblos gentiles vuestra ciencia,  
y siembra Juan la fraternal doctrina  
que inspira la equidad y la clemencia.—

Continuando su espíritu, embebido  
en el encanto aquel, de su alma dueño,  
esto añade, entre frases sin sentido,  
cual respondiendo al diálogo de un sueño:

—¡Venciendo siempre con la paz la guerra,  
con diligente pie, con fuerte mano,  
Pedro y Pablo ya borran de la tierra  
la pisada indeleble del romano!...—

Y murmuraba así distintamente,  
expresando su amor ó sus enojos,  
palabras que veía con la mente,  
coloquios que escuchaba con los ojos:

—¡El gran mártir Esteban! ¡Y Lucía,  
cuya alma admira y cuya voz encanta!  
¡E Inés, y Eulalia, y Úrsula!—seguía,—  
¡un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!...—

Y al ver que cruzan por el aire vano,  
de mártires y vírgenes los coros,  
del corazón detiene con la mano,  
los latidos profundos y sonoros.

—¡Ved á Tomás, tan sabio como honesto,  
angélico doctor!—siguió, encantada;  
y miraba con ansia, al decir esto,  
un objeto invisible en su mirada.

Conforme al lienzo aquel, una por una,  
las glorias todas al pasar bosqueja,  
la rueda ve girar de la fortuna,  
que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,  
con ojos por la pena entristecidos,  
ve en el lienzo pintado de la historia,  
donde están vencedores y vencidos;

y al mirar tan atroz carnicería,  
sintiendo una evangélica tristeza,  
—¡He aquí la gloria!—prorrumpió María,  
é inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó después:—Allí mostrando,  
en cuerpo juvenil, ánimo fuerte,  
va la de Arco, á los héroes enseñando  
que honra la vida el despreciar la muerte.—

Y al vago curso de la gasa aquella,  
viendo, admirada, de Jesús el celo,  
sus hechos fué leyendo á través de ella,  
cual detrás de una luz se mira un velo.

Y—¡Bien, Jesús!—decía entusiasmada,  
María de Bethania,—no lo dudes:  
excepto el obrar bien, no importa nada:  
pasa la gloria y quedan las virtudes.

»Y pues sembraste la virtud sin gloria,  
diste el favor, y se ocultó tu mano,  
mereces bien de mi alma, de la historia,  
de ti, de Dios y el corazón humano.

»Que vertieses semillas de consuelo  
sobre el trono del sol, Cristo dispuso,  
desde el gran día en que entre tierra y cielo  
la sangre de Jesús Dios interpuso.»—

Fué encantada y feliz, viendo aquel día  
doctores, santos, héroes y ermitaños,  
y en óptica ilusión vivió María,  
en un día, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuarteán  
á un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,  
que en la cueva en que están, revolotean  
los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesús tan claro indicio  
de algún caso inaudito, sobrehumano,  
—¡María!—prorrumpió—vamos á juicio,  
nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

»¡Feliz, pues, muero! ¡Sígueme, María!—  
Y detrás de Jesús, María avanza.  
—¡Ánimo, Honorio, y vamos!—proseguía.—  
¡Con la ayuda de Dios todo se alcanza!—

Dando á Honorio la fe que en ellos arde,  
se acercan al Cedrón con pie seguro,  
ya envueltos por la bruma de la tarde,  
bruma de perla de color obscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,  
de la tarde á los últimos fulgores,  
paso á paso los sigue, recordando  
las culpas de sus vidas anteriores;

pues piensa ver la eléctrica hermosura,  
ceñida en torno de la verde palma,  
de aquella que ama con feroz ternura,  
con la fe de la carne y la del alma.

Cuando su cuerpo columbrar creía,  
se ahogaba de placer, sintiendo estrecho  
aquel hueco espacioso que tenía,  
latiendo el corazón, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; mas cuando enfrente  
del Dios del cielo y de sus culpas se halla,  
le inquieta ese cuidado que se siente  
la víspera de un día de batalla.

Cuando en pos de Jesús iba María,  
del valle angosto hasta el recinto santo,  
una niebla de luz los envolvía,  
que, pareciendo un sueño, era un encanto.